

CAPITULO IV.

Maligna y pesada burla que quisieron hacer en Silesia con el Monge Predicador. Viage á la India Oriental que el joven Siciliano emprendió en compañía del mismo Monge, y terrible suceso por el qual quedó preso el joven en la Isla de Madagascar.

Mientras tanto sucedió, que habiendo el Apostólico Monge predicado con gran zelo y con igual eficacia contra cierto vicio muy comun en aquel país, algunos sugetos que estaban mas particularmente notados de él, se quisieron vengar con una burla, que sería sumamente vergonzosa para el Padre Predicador. Había en el Lugar una muger extraordinariamente bien parecida, y casada con un Oficial sumamente zeloso; pero ella sabia muy bien tomarle las vueltas quando estaba enamorada de algun joven de su gusto. El que entónces lograba la posesion de sus favores era uno de los que estaban conjurados contra el santo Religioso. Este tal, despues de haber hablado en secreto con ella, la persuadió á que escribiese un papel al Predicador, dándole á entender que habia muchos años

años que no se habia confesado, porque su marido no la dexaba cumplir con esta obligacion, movido de la grandísima aversion que tenia á todo Clérigo y á todo Religioso: y que habiendo ella oído el gran fruto que su Paternidad hacía con sus Sermones, estaba resuelta á recibir de su mano la absolucion de sus enormísimas culpas; pero no pudiendo lograr de otra manera este consuelo, le suplicaba que por caridad se incomodase en ir á su casa en cierto dia, y á cierta hora en que no estaria en ella su marido, pero previniendole que se sirviese venir en hábito de secular, para que si le viesen los vecinos, cesase el peligro de que se lo contasen á su esposo, y ella pudiese descargar su conciencia con tranquilidad, y sin el sobresalto de tener que sufrir malos tratos por una obra tan santa y tan necesaria.

Executó la muger todo quanto la dixo su amante sin hacer reflexion á las funestas consecuencias que podia producir aquella peligrosísima burla, fiada en los grandes juramentos con que la aseguraron, que á ella no la vendria mal alguno. Por otra parte al buen Monge le disonaba mucho, y tenia gran repugnancia en dexar su santo hábito, y disfrazarse en traje impropio para ir á donde le llamaban; pero considerando el gran bien que podia resultar á aquella alma, que con tanta instancia imploraba su socorro, resolvió exponerse á todo por consolarla y complacerla. Con efecto, al primer aviso que se le dió, provéyendole al mismo tiempo de un ves-

34425

tido de Labrador, partió á la casa de la muger, la qual le llevó al quarto mas secreto y mas retirado de ella. El Religioso arrimó luego el vestido secular, y quedandose en el traje que le correspondia, comenzó á hablar de cosas espirituales, y á exhortar á la muger á que hiciese un exámen general de toda su vida pasada, facilitandosele, y ayudandola él mismo, y poco á poco la fue disponiendo con tanta eficacia á la verdadera penitencia, que la pobre muger, aunque en nada menos habia pensado que en convertirse, se convirtió verdaderamente, y tan de corazon, que arrojandose á los pies del Monge comenzó á confesarse anegada en un amarguísimo llanto. Mientras pasaba esto en casa de aquella antes desgraciada, y ya dichosa muger, los Pisaverdes, que habian estado acechando el punto en que habia entrado en ella el Religioso, sabiendo que el marido habia ido á visitar una hacienda que tenia poco distante del lugar, fueron inmediatamente á decirle, como el Padre Predicador de la Quaresma, disfrazado en hábito de secular, habia ido solo y sin compañero á su casa, donde le habia introducido su misma muger, y que todavía se estaba divirtiendo con ella, segun todas las señales en una amorosa y tierna conversacion. Mucho menos bastaba para encender aquel hombre, naturalmente zelosísimo, en un arrebatado y ciego furor. Voló á su casa, subió la escalera, penetró hasta donde encontró á su muger anegada en lágrimas á los pies del Confesor,

lo que le fue muy fácil, porque el mismo Confesor quiso que estuviese abierta de par en par la puerta del quarto, por evitar todo escándalo y todo pretexto de murmuracion. Quando el artesano vió á su muger en un acto tan distinto de aquel en que habia pensado encontrarla, quedó atónito; y mudado de repente, en vez de enfurecerse contra su esposa y contra el Monge, se puso de rodillas, y les pidió perdon por haberlos perturbado en aquel santo exercicio. Y declarandolos despues todo lo que le habian ido á contar, acabó el Predicador de conocer el lazo que le habian armado, además de lo que ya habia entendido por la confesion de la muger. Sin embargo, el prudente Padre disimuló por entonces, prosiguió oyendo con serenidad toda la confesion de aquella pobre penitente, la qual de impúdica y disoluta, pasó á hacer una exemplarísima vida. Colmado despues de las bendiciones y gracias que le dieron los dos casados, se restituyó con toda libertad á su Convento, muy consolado por lo bien que habia salido de aquel peligroso lance, pero mucho mas por la felicísima conquista de aquella alma pecadora. Quando los impíos manipuladores de aquella infernal burla, que estaban á la mira, no solo para saber el éxito de su diabólico enredo, sino tambien para que no se hiciese el menor insulto á la muger, como se lo habian prometido: quando los impíos manipuladores, vuelvo á decir, vieron que el Monge salia de la casa, no ya en tra-

ge de Labrador, sino con el hábito de su Religión, y oyeron de boca del mismo marido abominar de las malas lenguas, contandolos el ejercicio en que los habia encontrado, como no podian ellos comprehender de qué manera se habia hecho aquella transformacion, lo atribuyeron todo á milagro, y arrepentidos de haber armado aquel lazo á la inocencia de un hombre tan santo, desde alli adelante oían sus Sermones con mayor compuncion, y con gran provecho de sus almas.

Quando yo llegué á saber toda la série de este raro suceso, quedé mas que nunca persuadido á que la virtud de mi compañero nada tenia de fingida, sino que era una virtud sólida, maciza y verdadera: por consiguiente se me avivó mas el pensamiento de abandonar el mundo, para imitarle algun dia en el zelo, exercitando la predicacion. Algunas veces, quando estaba solo, me subia encima de una mesa ó de una silla, figurandome que estaba sobre un Púlpito, y predicaba algunos trozos de Sermones que yo habia compuesto, pareciendome que tenia gran talento, y que haria mucho fruto en mis oyentes. Otras forjaba de mi cabeza algunos lances propios para exercitar la virtud, y á exemplo del Predicador suponía haber salido de ellos de manera, que en la opinion general pasaba por un hombre admirable en la doctrina, y venerable en las costumbres. Sin advertir que en esto mismo estaba exerciendo un acto de vanidad, y que

se-

semejantes pensamientos no podian nacer de luz ó impulso superior. Por el contrario el buen Padre, que era un hombre dotado de una gran discrecion de espíritu, y en estas materias sabia muy bien distinguir lo verdadero de lo aparente, por muchos dias me decia continuamente, que en punto á mi vocacion aun no veía bien claro, y que mas le parecia estar deslumbrado que iluminado; por lo que eran menester pruebas mas perentorias para conocer si era tentacion en lugar de vocacion. Mientras tanto poco á poco me iba olvidando de mi Irene. Ya no soñaba con ella, ni quando estaba despierto me la representaba la fantasía con aquella hermosura, y con aquel garbo que me encendia el deseo de verla viva, ni con aquella palidez y agonía que me excitaba á llorarla muerta. Ella, me decia yo á mí mismo, á buena cuenta, como tan virtuosa y tan buena, estará ya gozando el premio de su virtud, y se alegrará verme desde el cielo dispuesto á abandonar todas las cosas caducas, para abrazar un estado de perfeccion por todo el resto de mis dias. ¿Y quién sabe, sino debo á su intercesion con Dios la gracia de esta mi santa vocacion, deseando que la imite á ella, feliz ya y bienaventurado, en los actos de virtud y de inocencia quanto me sea posible en esta vida?

Habiase finalmente acabado la Quaresma, en la qual el grano Evangélico, sembrado por el zeloso Predicador, habia producido copioso fru-

to

to de verdadera penitencia. Asi que, pasada la Octava de la Pasqua, partimos de la Silesia para la Bohemia, donde el Mõnge debia concurrir á un Capitulo Provincial de su Religion. Luego que llegamos á Praga, volví á insistir con mucha mayor fuerza en mi pretension del hábito Religioso; pero mi director, lejos de condescender con mis deseos, me intimó como por prueba, un acto de anticipada obediencia, mandandome que tuviese paciencia por un año, y que durante ese tiempo no volviese á hablar en el asunto. Me conformé, aunque de mala gana, con este duro precepto (bien que esto solo era bastante para que yo conociese la mucha razon con que se dudaba que fuese legítima mi vocacion) y solamente se me hizo menos pesado, quando aquel Padre fue nombrado para ir á gobernar ciertas importantes Misiones de su Religion en las Indias Orientales, y me propuso si le queria seguir en aquel viaje tan largo, dandome palabra de que satisfaria mis deseos, si diese en él buenas pruebas de mi firmeza y de mi perseverancia. Cogíle la palabra, y partimos á Bohemia, tomando el camino de Alemania para pasar á Francia, y desde allí á Portugal, donde nos embarcamos en una de las naves que estaban prontas á partir para Goa, Capital de las Indias Portuguesas. Todos saben el rumbo que se ha de seguir desde Lisboa hasta aquella distantísima parte de la tierra. Tocamos en el Brasil, y desde aquí nos di-

rigimos al cabo de buena Esperanza, donde los Portugueses tienen una buena Colonia. Doblamos este famoso promontorio del Africa, y dimos fondo en la Isla de Madagascar, por otro nombre la Isla de San Lorenzo, donde teniamos necesidad de proveernos de muchas cosas que nos faltaban para llegar al término de nuestra larga navegacion. Las costas de esta Isla están en parte pobladas de Europeos; pero el continente por todas partes está circundado de altísimas montañas, las cuales á la vista parecen inaccesibles, y por lo mismo está todavia en poder de los antiguos habitantes de aquella Isla, la mayor y mas dilatada, segun se dice, de todo el mundo.

En los días que se detuvieron anclados los navíos para hacer sus provisiones, tuve tiempo para ir reconociendo los sitios mas cercanos en compañía de algunos Mercaderes Portugueses, que como yo, nunca habian estado en ella. La curiosidad es una loable propiedad que tienen todos los viajeros de espíritu; pero no pocas veces suelen ser causa de estrañas, y no prevenidas aventuras, que los distraen de sus fines, impidiendolos por varias fatalidades la execucion de los proyectos que habian formado. Esto nos sucedió puntualmente á nosotros. Un día, pues, en que nos ibamos paseando por un verde y delicioso prado, que comenzaba desde la orilla del mar, y seguía hasta la falda de una de aquellas elevadísimas montañas, de la qual des-

descendía un riachuelo de agua limpia y clarísima, y que despues de discurrir un no corto espacio por la campiña, revolvía hácia la ribera, oímos una voz lastimosa que decía *socorro hermanos*. Enderezamos hácia aquella parte de donde nos pareció que la voz había salido, y nos hallamos con un hombre de nuestro equipage, que estaba tendido en tierra mal herido. Preguntamosle inmediatamente quién había sido el agresor; y sólo nos respondió, que habiendosele antojado ver el origen del riachuelo que salía del monte, se había internado mucho mas allá del sitio donde entonces se hallaba, y que de repente se vió asaltado de unos hombres que venían navegando por el mismo arroyo en una especie de barco, que se reducía al tronco de un grueso árbol socabado; y que pretendiendo él defenderse con el fusil que tenía en la mano, le disparó, y mató á uno de ellos, viendo lo qual los demás se arrojaron rabiosos sobre él, y con los chuzos que traían en las manos le habían puesto en el estado en que le veíamos. Añadió, que se le querían llevar consigo; pero que habiendonos visto á nosotros quando nos acercabamos por aquella parte, se habían retirado á la otra orilla del arroyo, y él con esto se había esforzado como pudo á salirnos al encuentro para implorar nuestro socorro. Mientras nos estaba haciendo esta relacion, hétele aquí que vemos venir navegando hácia nosotros por el mismo riachuelo algu-

nos

nos otros barcos cargados de hombres, vestidos de un traje particular. Saltaron en tierra, embistieronnos valerosamente, y aunque los mas teníamos nuestros fusiles, en los quales fundabamos toda nuestra confianza, no bastaron sus tiros para atemorizar á nuestros agresores; porque prosiguiendo en atacarnos, despues de haber muerto ó herido á casi todos, nos vimos precisados á rendirnos. Transportaron á sus barcos á todos los que daban algunas señales de vida, llevandolos á la orilla opuesta, y despojaron enteramente á los muertos, cargando con todos sus arneses, pero mas particularmente con sus armas. Yo fui uno de los primeros; porque aunque había recibido una herida en un brazo, no la consideraron incurable, y de propósito me pusieron con otros ocho sobre una especie de atahudes, formados de mimbres entretexidos y enlazados, y nos llevaron en hombros con mucho tiento y amor por ciertos senderos estrechos y tortuosos, que guiaban hasta la cima de la montaña, de la qual comenzamos á baxar el dia siguiente, y de allí á poco á volver á subir de nuevo, hasta que despues de quatro jornadas y media, hechas con este trabajo, llegamos en fin á una especie de Campamento militar, compuesto de una infinidad de Barracas, que hacian el papel de Tiendas de Campaña. Nos metieron luego á todos en una de ellas, y visitadas nuestras heridas, curadas los dias antecedentes con yerbas y xugos, cuya virtud no

TOMO VI.

G

sa-

sabíamos, se hallaron todas muy sanables, y con otros remedios que las aplicaron, los cuales todos consistían en extractos de yerbas medicinales de exquisito olor y de admirable fragancia, en solos tres días nos hallamos todos perfectamente curados. Entonces nos condujeron á la presencia de un venerable anciano, que parecía ser el General de toda aquella gente, porque se dexaban ver varios Cuerpos de Guardia delante de su Tienda, se le hacían honores, y se le trataba con singular reverencia. Luego que nos vió, nos dixo: sois prisioneros de mi Rey; pero no por eso os desconsoléis, porque no lo sois para ser tratados como Esclavos, sino para ser admitidos á su Real gracia, y ser puestos á la frente de sus Exércitos, quando necesitáre de vuestra pericia, de vuestro valor y de vuestra fidelidad. Yo mismo me ví como vosotros os veis; y puedo decir, que mi mayor fortuna fue ser prisionero de estas gentes, cuya gentileza en nada es inferior á la de las naciones más cultas. Desean adestrarse en el Arte de la Guerra, el único en que fueron mal instruidos por sus antepasados, con este fin solicitan tener por Capitanes á hombres Européos, por haber oido, que en el manejo de las armas, y en el Arte de hacer la Guerra, ninguna otra parte del mundo puede competir con la Europa. Vosotros perfeccionareis lo que yo no he hecho más que comenzar, gozando, como gozareis, de una entera libertad de conciencia en punto de Reli-

gion. Tampoco os faltará nada de lo necesario para una vida feliz, cómoda y regalada aun á la manera Européa. Al oír semejante proposición, todos quedamos atónitos, y punto menos que extáticos; porque esperábamos del General de aquella gente un recibimiento muy contrario de lo que nos prometían aquellas alegres y lisonjeras esperanzas. Por lo que toca á mí, no pudiendo apartar de la memoria el terrible sacrificio á que estuvo tan vecino el pobre Isidoro entre los Salvages del Canadá, consentí en que me aguardaba otra desgracia semejante; pero quando oí, que era destinado para ser con el tiempo un gran hombre de Guerra, se me escapó de repente todo el espíritu Monacal que antes respiraba. A buena cuenta (decía entre mí mismo) yo tomé mis lecciones de esgrima, y de tremolar la vándera: me he hallado en los Exércitos, y he visto algunas funciones sangrientas: observé con atención cómo se forma la Tropa, y cómo se mandan sus movimientos en las ocasiones, de manera que puedo esperar hacer algún papel en estos pueblos inexpertos y mal disciplinados. ¿Quién sabe si la Providencia me tenía reservado este destino, y que yo llegue á ser en esta distante y desconocida parte de la tierra, lo que nunca podía esperar quedándome en las delicias de Europa?